



NAHUM (6) BUENAS NUEVAS DE PAZ (1)

REV. RONALD HANKO

Ministro emérito de las Iglesias Protestantes Reformadas y miembro de Covenant of Grace PR Fellowship en Spokane, Washington

Artículo anterior de esta serie: 15 de septiembre de 2024, pág. 514.

He aquí sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz. Celebra, Oh Judá, tus fiestas, cumple tus votos; porque nunca más volverá a pasar por ti el malvado; pereció del todo — Nahúm 1:15

Sorprendentemente, el primer capítulo de la desconocida profecía de Nahum termina con un versículo que resulta familiar por su cita en el Nuevo Testamento (Rom. 10:15), y que, a primera vista, parece no tener nada que ver con el tema del capítulo o del libro. Nahum 1:15 dice: “¡He aquí sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz!” No sólo es citado en el Nuevo Testamento, sino que se cita con algunos cambios tomados del contemporáneo de Nahum, dice Isaías: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!!” (Is. 52:7).

En la Biblia hebrea, Nahum 1:15 es el primer versículo del capítulo 2. Pero dado que las divisiones de capítulos y versículos no son inspiradas, su ubicación hace poca diferencia. Ya sea como el último versículo del capítulo 1 o como el primer versículo del capítulo 2, sirve como una transición que sigue a la descripción vívida de la destrucción de Nínive.

Las buenas nuevas son las noticias sobre la caída de Nínive y sobre la paz que vendría a Judá con el final de Nínive. El versículo describe la llegada de las buenas nuevas por un mensajero que llega a los montes de Jerusalén —Sion, Moriah, Akra y Bezetha— con su mensaje. La palabra “He aquí”, que no se encuentra en Isaías 52:7, describe tanto la gozosa sorpresa que su mensaje trae a una ciudad que llevaba mucho tiempo oprimida por los asirios, como también la conmoción de la ciudad ante el repentino fin de Asiria. El enfoque en los pies del mensajero tiene que ver con su prisa por traer estas buenas nuevas. Uno no puede leer el versículo y su referencia “a los pies del mensajero” sin pensar en alguien corriendo con esta maravillosa noticia. Isaías y Nahum están entre los mensajeros, aunque no tuvieron que correr hacia Jerusalén; pero seguramente también hubo mensajeros reales cuando la profecía de Nahum llegó a su cumplimiento y las noticias del fin de Asiria llegaron rápidamente a las puertas de Jerusalén.

Nahum no describe los pies del mensajero como hermosos, aunque Isaías sí lo hace. Parece que el enfoque de Nahum está en el mensaje, mientras que el de Isaías está en la llegada del mensajero, cuyos pies, polvorientos y magullados, habrían sido hermosos en verdad debido a su mensaje.

El mensajero, entonces, es descrito como quien trae la noticia de que la Palabra de Dios en Nahum 1 se ha cumplido, un final apropiado para ese capítulo, pero también un comienzo apropiado para el capítulo siguiente. El capítulo 2 describe vívidamente, aunque proféticamente, la caída real de Nínive, y uno puede imaginar al mensajero, habiendo

recuperado el aliento, dando la descripción del capítulo 2. Isaías fue el primer mensajero y Nahum lo siguió, ambos mensajeros que llegaron antes del evento real, anunciando la Palabra de Dios con anticipación, tan segura estaba la Palabra de Dios con respecto a la caída de Nínive.

Judá es, entonces, exhortada a disfrutar de la paz traída por la destrucción de Asiria: “Celebra, Oh Judá, tus fiestas, cumple tus votos; porque nunca más volverá a pasar por ti el malvado; pereció del todo”. Bajo el dominio de Asiria, la celebración de las fiestas y la presentación de los sacrificios por parte de Judá habrían sido interrumpidos y a menudo imposibles. El pueblo habría sido dispersado y llevado cautivo. Aquellos que quedaron habrían sido expulsados de sus granjas y ciudades. Los animales que necesitaban para cumplir sus votos habrían sido llevados por las bandas de asaltantes asirios. Habría habido poco pan para la fiesta de los panes sin levadura, pocas ramas de árboles para la fiesta de los tabernáculos, ninguna posibilidad de llevar al macho cabrío expiatorio al desierto o de quemar los restos del otro macho cabrío fuera del campamento. Las trompetas habrían sido utilizadas para advertir al pueblo de otra incursión asiria y no para convocarlo a la Fiesta de las Trompetas.

La exhortación con la que termina el versículo 12 es también un recordatorio de los pecados pasados de Judá, de su incumplimiento de los votos y las fiestas y de sus sacrificios a dioses extraños. Habiendo sido liberada de Asiria, Judá debía mostrar su gratitud a Dios volviendo al camino de la obediencia. Dios había castigado a su pueblo y ellos tenían que demostrar que habían aprendido de esos castigos.

La profecía de Nahum (y de Isaías) se escuchó por primera vez en el Antiguo Testamento, pero su cita en Romanos 10:15 abre una nueva comprensión de la profecía. Allí se hace referencia a la predicación del evangelio como el medio que Dios utiliza para salvar a su pueblo, como revela el contexto:

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de Quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios (vv. 14-17).

En Romanos 10:15, el énfasis está en el envío de los mensajeros del evangelio por parte de Dios. Se cita Nahúm 1:15 como prueba de la afirmación: “¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” Que los mensajeros que traen las buenas nuevas y predicán el evangelio deben ser enviados por Dios es una verdad importante, rara vez reconocida hoy en día. Los mensajeros del evangelio no son autodesignados, sino designados por Dios. Ellos deben ser llamados y enviados por Dios mismo, así como lo fueron Nahúm e Isaías y todos los demás profetas. Una de las palabras del Nuevo Testamento para los predicadores y la predicación tiene que ver con los heraldos y su trabajo de llevar mensajes del rey. Nadie puede asumir por sí mismo la tarea de predicar el evangelio.

Esto es cierto porque los mensajeros del evangelio son heraldos. Un heraldo es alguien que es enviado con un mensaje específico. En el caso de los heraldos del evangelio, ese mensaje se encuentra en la Palabra de Dios, y quien es enviado por el Rey de reyes, debe transmitir ese mensaje en su totalidad y nada más. No puede omitir ninguna parte del mensaje del Rey que no le gusten, como ciertas doctrinas, por ejemplo, la doctrina de la predestinación o la doctrina del castigo eterno. Pero tampoco puede añadir sus propios pensamientos y opiniones, comentarios políticos y sociales, bromas, chistes y otras cosas semejantes al mensaje de Dios. Su mensaje debe ser siempre, como fue el de Nahum, “Así dice el Señor”.

Sólo en la medida en que su mensaje sea la palabra del Rey, uno está obligado a prestarle atención. Lo que un mensajero del evangelio opine o piense acerca de las próximas elecciones, acerca de la guerra en el Medio Oriente o en Ucrania, y sobre otros asuntos

similares, no tiene más peso que las opiniones de los comentaristas de noticias alegres, tendenciosas, mentirosas e incrédulas. Por esa razón, también, el mensaje del heraldo debe ser siempre verificado con su copia escrita en la Palabra de Dios, porque el Rey también ha dado su mensaje allí.

Aquellos a quienes llega el mensajero, el predicador y el heraldo, deben escuchar su mensaje, no porque pueda gritar fuerte o porque tenga una forma agradable de transmitir el mensaje del Rey, sino porque es enviado. Enviado por el Rey, él es el portavoz del Rey y su mensaje es la palabra del Rey, que debe ser recibida y obedecida. Aquellos que lo escuchan deben ser como los bereanos, quienes contrastaban incluso las palabras del mismo apóstol Pablo con la Palabra de Dios (Hechos 17:11). Aquellos que no lo hacen así, que simplemente aceptan sin cuestionar todo lo que el predicador les dice, no son buenos ciudadanos del Rey y de su reino. Pero escuchada y verificada por las Escrituras, la palabra del Rey es ley.

Hace años conocí a un hombre que dejó su iglesia y se unió a otra porque el ministro, el predicador, dedicaba demasiados “sermones” diciéndole a la gente por qué partido político y por qué candidato presidencial debían votar. Ese hombre era un buen ciudadano del reino que comprendía que ningún ciudadano tiene la obligación de escuchar nada de los predicadores, excepto que no sea la Palabra del Rey mismo.

Que estos mensajeros del evangelio deben ser enviados si su mensaje ha de tener alguna autoridad, pueden ser ilustrados con ejemplos de la vida cotidiana. Yo podría enterarme de algunos acontecimientos políticos importantes en un país extranjero que afecten al bienestar y el futuro de mi propio país. Podría entonces tomar la iniciativa de llevar las noticias de estos acontecimientos, buenos o malos, a la atención de los líderes políticos de mi propio país. Sin embargo, ellos no están obligados a escucharme ni de actuar conforme a mis palabras, ya que no tengo un estatus oficial y no he sido “enviado”. Pero si un embajador viene con el mismo mensaje que yo llevé, mis líderes deben prestarle atención y actuar en consecuencia porque él fue “enviado”.

Cristo es quien habla a través de los predicadores y quien les da su autoridad, pero el mensaje que traen tiene autoridad solamente si son enviados y solamente si llevan su Palabra a su pueblo, los ciudadanos de su reino. Por lo tanto, esos ciudadanos deben comparar cada palabra que se hable en el nombre de Cristo con el mensaje que Él les ha dado en su Palabra escrita. Pero también deben asegurarse de que el mensajero tenga las credenciales adecuadas, porque si no ha sido enviado, ellos no están obligados a escuchar, sin importar si su mensaje sea verdad o mentira. Si el mensajero es enviado y el mensaje es el mismo que encuentran en la Palabra, entonces están obligados a escuchar y obedecer, les guste o no el mensaje.

Cristo envía, comisiona y autoriza a sus mensajeros a través de la imposición de manos o la ordenación (Hch. 1:22; 13:3; 1 Tim. 4:14; Tito 1:5). Incluso Cristo mismo tuvo que recibir la sanción y la autoridad oficial para la obra de la redención: “Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy”. La ordenación y el envío de los predicadores se lleva a cabo a través de la iglesia, como lo demuestra tan claramente el ejemplo de Saulo y Bernabé en Hechos 13:1-4. Su ordenación y envío por parte de la iglesia de Antioquía se identifica allí con el envío del Espíritu Santo.

La iglesia de hoy está plagada de “predicadores” del evangelio autodesignados que afirman hablar en nombre de Cristo cuando no han sido autorizados ni enviados por Él, pero también de predicadores que, aunque han sido debidamente designados y enviados, traen un mensaje diferente al de Cristo. Los miembros que son tan descuidados con el mensaje, como lo son los mensajeros, se sientan como bultos en las bancas absorbiendo todo lo que el predicador les dice, sin abrir nunca la Palabra de Dios para ver lo que ese mensaje debe ser, también son un problema en la iglesia.

Cuando un mensajero o predicador es enviado y trae la Palabra de Dios y nada más, entonces Cristo mismo se convierte en el mensajero, en el que habla a través del predicador.

Esa es otra verdad bíblica rara vez reconocida hoy en día.

Que Él es el mensajero de quien habla Nahum queda claro en Romanos 10:15. Romanos 10:14 debería traducirse así: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquél de *quien*¹ no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” Es su voz la que se oye en la predicación del evangelio, y el poder de su voz es lo que hace que el evangelio sea el poder de Dios para salvación (Rom. 1:16). Esa es la única razón por la que la fe viene por el oír.

Jesús dice en Juan 10:27, 28: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. Cuando Pablo habla de la salvación de los creyentes de Éfeso, lo atribuye al hecho de que Cristo vino y les predicó la paz (Ef. 2:14-17). No fue la predicación de Pablo, sino la de Cristo, la que les dio poder de Dios para la salvación de ellos.

Incluso cuando Él envía a otros, es Cristo quien habla y el mensaje también es suyo. No es la elocuencia del predicador ni su habilidad para llevar la Palabra de Dios lo que salva. ¿Qué voz de un simple hombre puede cambiar corazones y vidas? Es siempre Él, quien viene por los montes de Sion con el mensaje de salvación, una salvación a través del juicio y la destrucción de todos los enemigos, realizada no con el poder de las armas, sino mediante la humilde sumisión a la voluntad de Dios y tomando sobre sí la ira de Dios contra nuestros pecados.

¹Para aquellos que estén interesados en la gramática del pasaje, el genitivo utilizado es el genitivo objetivo y debería traducirse sin el “de” que utiliza la KJV. Pocas versiones parecen captar esto, pero la American Standard (ASV) y la New American Standard (NASB) sí lo hacen: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”